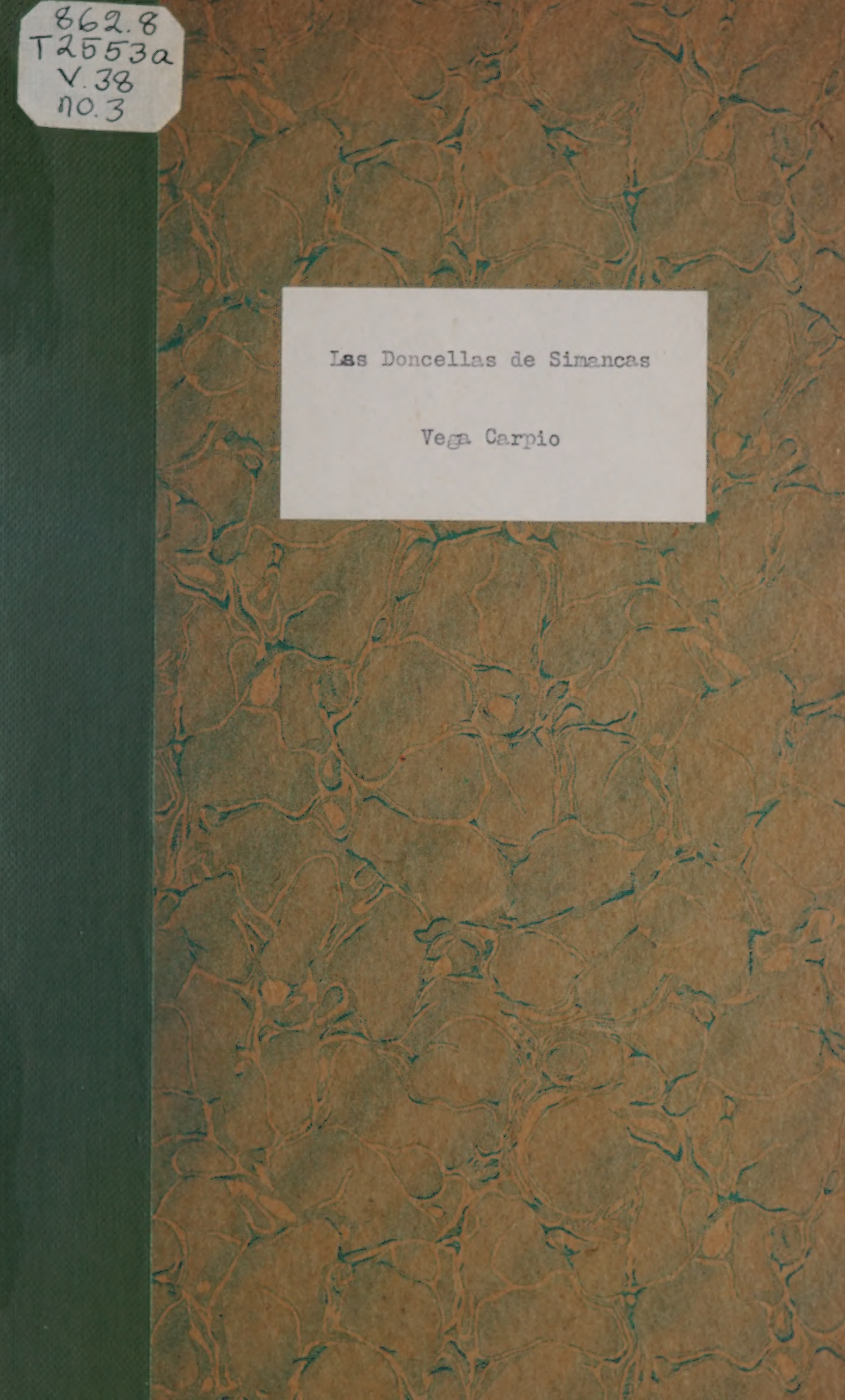


862.8
T2553a
V.38
no.3

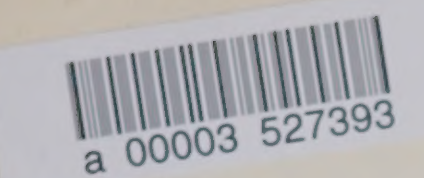
THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY



THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

~~862.8~~
~~T3553a~~
~~v.58~~
~~no.3~~



This book must not be taken from the Library building.

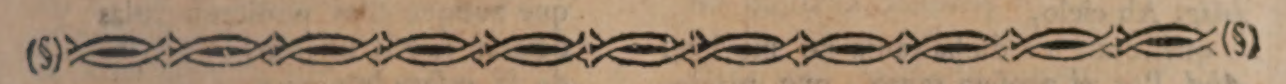
LAS DONCELLAS DE SIMANCAS.

COMEDIA

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes.

Abdalá, *moro.*	Mauregato.	Leonor y Elvira.
Hacen, *moro.*	Iñigo Lopez.	Costanza.
Enrique.	Lope y Soldados.	Unos villanos.



ACTO PRIMERO.

Salen Moros, Hacen y Abdalá, Iñigo Lopez, preso con una cadena, y el rostro ensangrentado.

Abd. De un hombre me refieres tal haza- (ña,
y es este en fin, el invencible, el fuerte?
Hac. Este es, señor, el que esos montes baña
de humor sangriento, y sujetó á la muerte
del lucido esquadron que te acompaña
los Moros de mas nombre.
Abd. Quiero verle.
Ha. Con solos diez soldados que traía,
triunfar de tus blasones prometia.
Abd. Desde el principio, Hacen, la histo-
ria cuenta:
prodigio es, por Alá, ver tal soldado.
Hac. Quando la obscuridad del suelo au-
yenta (do,
la blanca aurora, que en radiante estra-
precursora del sol, luces obstenta
el honroso tributo acóstumbrado,
que hace nuestras victorias mas gloriosas:
el feudo en fin de vírgenes hermosas,
que en cada un año Mauregato envia
á Abderramen tu padre, y en efeto
con guarda de mil Moros hoy traía.
Del corazon de un monte el mas secreto
que en sus entrañas esta sierra cria,
con ánimo constante, aunque indiscreto,
pues á tan loca empresa se dispone,
nos asalta, nos hiere, y descompone;
porque ápenas, señor, acometimos
á querer sujetarle, quando al punto
su pequeñuela esquadra salir vimos
á defenderle con esfuerzo junto.
Todos de su soberbia nos reimos,
mas fué llanto la risa á un mismo punto,
porque á este mostruo, que el caudillo (era,
Marte debió de dar su espada fiera.
Delante de sus fuertes compañeros,
con tan osado pecho se ofrecia,
que el que una vez probaba sus aceros
sepulcro entre sus pies luego tenia;
todos en nuestra muerte iban tan fieros,

862.8 T2553a v.38 no.3

que su esfuerzo con ella mas crecia,
nosotros castigados y medrosos
en no aguardarlos eramos dichosos.
Reconociendo, pues, nuestra flaqueza,
y su mucho valor reconociendo,
un rayo cada golpe á ser empieza;
y nosotros aquí y allí cayendo,
viendo que no desmaya su fiereza,
confieso que nos ibamos rindiendo;
pero plugo á Mahoma que llegáron
tres esquadras, que atras se nos quedáron.
Siendo, pues, de los nuestros socorridos,
de los diez enemigos, seis muriéron;
rindiéronse los quatro mal heridos,
solo con este asombro no pudiéron,
que un muro haciendo allí de los caidos,
de cuerpos que á su espada obedeciéron,
á no estar muerto, nadie le venciera,
y tropezando en muertos no cayera;
herido como ves, cayó en el suelo,
y aun hubo quien caido le temiese.
Abd. Volverte quiero á ver, quitad.
Iñig. Ah cielo,
que entre desdicha tanta no muriese!
Abd. Por el profeta santo, que rezelo,
que entre los hombres tal valor cupiese;
solo de mí pensara yo esta hazaña;
ó rayos de la guerra, hijos de España,
y eres tú el fiero dueño deste estrago?
dale sus armas, que he de ver yo agora,
Danle la espada.
si puedo hacer que baxe al hondo lago,
pero es hazaña que mi honor desdora;
por no manchar mi nombre no lo hago,
que esta gente por Marte ya me adora:
tan grandes ansias de morir traias,
que ansi la dulce vida aborrecias?
pero vive, Christiano, vive, vive.
Iñi. No me pudiste dar mayor castigo,
que el que la vida triste me aperbibe.
Abd. Quando piadoso y blando estoy contigo,
quejoso estás que de morir te prive?
Iñi. En eso solo fuiste mi enemigo.
Abd. En algo casi, casi te pareces
á mi grande valor, bravo te ofreces,
valor promete tu bizarro brio;
por Alá que me tienes satisfecho,
mayores cosas de tu esfuerzo fio.
Quitadle esa cadena, el fuerte pecho
Quitansela.
llega á juntar con el valiente mio,
y asegurado deste abrazo estrecho,
dime quién eres, de Abdalá te fia,
que soy tu amigo, y tu fortuna es mia.
Iñi. No por aliviar mis penas,
pues referidas se doblan,
ni por temer tu castigo,
que ya la vida me sobra,
fuerte Abdalá, te obedezco,
escucha, si la memoria
al renovar los pesares,
el repetirlos no estorba.
Los rigores, el castigo
de la mano poderosa,
la indignacion de los cielos,
que justas venganzas logra:
la ruina fatal que España
con tantas afrentas llora,
no por culpas de Rodrigo,
que aunque ellas pudieran solas
desatar rayos furiosos
de la esfera luminosa,
verter diluvios de fuego
vomitando ardiente bombas;
no por eso la justicia
ofendida, rigurosa
mostrara la execucion,
que tantas vidas apoca;
que tantos mares de sangre
en las playas Españolas
vertidas por vuestras manos,
campos bañan, montes mojan;
mas causa, mayores culpas
la ira de Dios provocan,
que aunque es la cabeza el Rey,
y la República toda
es un cuerpo, á quien los daños
de su Príncipe le tocan,
no es bien pensar que pudiera
la antigua misericordia,
que en Dios siempre resplandece,
vedar las entradas todas
á su clemencia, y dexar,
que la ira executora
de tantos males y estragos,

RBC/NcU

sin que exceptuára persona,
por culpa del Rey no mas,
á las armas vencedoras
de una traicion la entregara:
el efecto mismo informa
que fuéron culpas de muchos
las que á un Reyno no perdonan;
y que andaban ya en España
las torpezas licenciosas,
muy públicos los pecados,
que es lo que á Dios mas enoja;
de donde inferir podrás,
que los blasones que goza
vuestra nacion, no los causan
las innumerables tropas
de exércitos poderosos,
que en ligeras galeotas,
poblando mares soberbios,
ondas saladas azotan:
no el trato aleve pudiera,
aunque puerto y pasos toma,
ser parte para vencernos;
no os dió el triunfo, la victoria
el Conde Julian, no fué
el Arzobispo Don Opas,
aunque á su patria traidores
vuestros pechos alborotan,
los que todo el daño hiciéron;
todas fuéron fuerzas cortas.
Quién pensais que nos venció?
y quién pensais que blasona
del invencible valor
de los Godos, con que á Roma,
y al mundo pusiéron leyes,
sus propios hechos, sus glorias,
el no haber perdido empresa,
el ver que á sus pies se postran
las mas rebeldes naciones;
ver que sujetan, que doman
quanto encuentran, quanto envisten,
y que España ya señora
de la mas parte del mundo,
larga paz gran tiempo logra?
La prosperidad, la dicha,
las riquezas, sin zozobra
gozadas, que en feudo ofrece
la tierra extraña, y la propia.
El no temer que mudable
fortuna, presuncion loca,
pudiera volver el rostro,
del bien que nos da envidiosa:
fuéron causa, que entregados
á descansos, á engañosas
delicias, que el ocio ofrece,
truequen las altivas hondas,
manchen los altos blasones,
turben las claras memorias
con el vicio y la torpeza;
y que libremente corran
la maldad, y el apetito,
por quien se engendran y abortan
los daños que padecemos,
los males que nos congojan.
Gran causa, pues, le obligó,
que con mano vengadora
el cielo tome el azote;
y por instrumento escoja
vuestra nacion enemiga,
para que el mundo conozca,
que á no ser suyo el castigo,
no bastáran alevosas
armas, ni vuestro poder:
claro está, nadie lo ignora.
Catorce lustros en fin,
que en cuenta mas clara montan
años setenta, han pasado,
despues que su lastimosa
pérdida España sintió;
pero no tres veces corta
el Abril galas al campo,
vestido de nuevas pompas,
no restituye las vidas
á las plantas y á las rosas
tres veces primero el sol,
quando las reliquias Godas,
que del incendio escapáron,
y entre sierras escabrosas
en las Asturias su albergue
hacen de cabernas hondas,
quando con pechos valientes
se animan con fuerzas pocas
á vengar su injuria, y juntos
guerra intentan, campo forman.
Permite que me detenga
á ponderar tan heroyca
resolucion, tan constantes

771157

ánimos, pues quando brota
cada pisada un castigo,
cada yerba, cada hoja
una venganza produce;
y ya por toda la Europa
exércitos poderosos
vuestros caudillos alojan:
en tanto número en fin,
que como parda langosta
las rubias mieses talando
se ha visto ya en tanta copia,
que á la luz del sol opuestas
forman nubes tenebrosas;
ansi los vuestros se aumentan,
campos, y sierras coronan.
Entónces, pues, quando el llanto
á la esperanza acomoda
exêquias tristes, y yaze
sepultada casi toda:
entónces hay corazones,
entónces pechos, que forjan
rayos contra tantas furias,
y con Pelayo se arrojan
á ver la cara á la muerte,
y á triunfar de vuestras glorias.
Deste blason invencible,
desta estirpe generosa,
soy hijo de lo mas noble;
que aunque decirlo no importa,
de la sangre Real de Godos
me cabe mas de una gota.
Mi nombre es Iñigo Lopez,
bien pienso que á vuestra costa
le conoceis, pues mi espada
con mil riesgos le pregona
en vuestro daño; yo en fin,
opuesto á la vil discordia
del tirano Mauregato,
por defender la corona
de mi legítimo Rey,
que es Alfonso, á quien le toca
resistir con los mas nobles,
que del Reyno le depongan;
pero como la ambicion
de Mauregato convoca
el favor de Abderramen
tu padre, y porque le ponga
en la posesion del Reyno,
con vil feudo le soborna,
llámase Rey con su ayuda,
y hoy las parias vergonzosas,
que en pago de serlo ofrece,
y tú por tu padre cobras;
quando bostezaba risas
entre esos montes la aurora,
me determiné á quitaros,
empresa poco dichosa,
que prometí á una deidad;
flecha de amor poderosa.
Las fuerzas en que fundé
esta esperanza engañosa,
mas eran que diez soldados,
mas son de los que te informan;
porque conmigo venian
las venganzas, las discordias,
los rigores, los rezelos,
los tormentos, las congojas,
la confusion, los temores,
las llamas abrasadoras
de zelos, bastantes ellos
á emprender mayores cosas.
Cien soles llevais, qué afrenta!
y yo sus luces hermosas
prometí sacar á luz
de entre vuestras pardas sombras.
Mira si no lo he cumplido,
si con valor, si con honra
nací, si este el premio era
de ganar hoy por esposa
á quien con rigor me aguarda;
si ya he perdido esta gloria;
perseguido de un tirano,
lleno de afrenta, y deshonra;
de qué me sirve la vida,
ó qué tu amistad me importa?
Sé piadoso, sé clemente,
muestra el valor que acrisolan
tus hechos en no otorgarme
una vida tan penosa.
Líbrame á mí de mí mismo,
desata, deseslabona
tal número de pesares,
como aquí juntos me ahogan.
Manda que un filo atrevido
por mi triste cuello corra:
pero si vengarte quieres,

pero si crueldades logras,
no me mates, viva yo,
alarga mis tristes horas;
porque no podrá la muerte
lo que podrá mi memoria.

Abd. Por valiente y atrevido
al principio te estimé,
mas despues que te escuché,
cobarde me has parecido.
Ven acá, el sufrir la suerte
contraria, no es mas valor,
que el padecer el rigor
de una apresurada muerte?
No quiere bien á su dama,
quien del vivir se enagena,
que nunca escusa la pena,
ni el padecer quien bien ama.
Pero segun te he escuchado,
y los discursos han sido,
no hay duda que has presumido,
que en tu nacion se ha encerrado
toda la gloria y honor.
Mas herido estás; no quiero
que logres tu intento fiero
con el último rigor;
ven pues, que esta vez la vida
á tu pesar he de darte,
que quiero, Iñigo, mostrarte,
sin que tu suerte lo impida,
que yo vencerla podré;
vive, alienta la esperanza,
que no solo España alcanza
el blason que te escuché.

Iñig. Tu esclavo soy.

Abd. Tambien vive
entre Moros fe y lealtad,
tambien la santa amistad
glorioso laurel recibe.

Vanse, y salen Leonor, Elvira y Costanza.

Elv. Dos vidas diste á la muerte
de un golpe, el mayor rigor
executaste, Leonor;
pues Iñigo, si lo advierte
tu crueldad, por obligarte,
ó porque tú lo has querido,
bárbaramente atrevido,
de mí misma fué á vengarte.
Al paso que le aborreces,
le adoro, y mi triste vida
con la suya va perdida
al peligro que le ofreces.
Si te cansaba su amor,
si de cruel te preciabas,
por qué venganza tomabas
tan á mi costa, Leonor?

Leon. A los cargos que me has hecho
no sé como responderte,
porque ni busqué su muerte,
ni yo pensé que en tu pecho
tan de espacio amor vivia,
que á conocer tu cuidado,
yo hubiera, Elvira, escusado
tu pena, aunque no la mia.
Mas cómo sabes que ha ido
á malograr tu esperanza
Iñigo, y que mi venganza
causa de su daño ha sido?

Elv. Porque sé qué se partió
resuelto á morir por tí.

Leon. Que se partió sabes? *Elv.* Sí.

Leon. Tu amor es quien te engañó.

Cost. Señora, esta desventura
al partirse ha confirmado...

Leon. Quién, dí?

Cost. Lope, su criado,
con lágrimas la asegura,
y me dixo... *Leon.* No prosigas,
que si es tan cierto el pesar,
mejor es no le escuchar,
mas vale que no le digas.
Rompa el silencio la pena,
declárese mi dolor,
en vano aquí mi rigor
tu lengua, Elvira, condena.
Ay hermana! mal conoces
de amar y de aborrecer;
pues pudiste no entender
mal que ya publico á voces.
Por verle tan perseguido
del rigor de Mauregato,
no porque mi pecho ingrato
jamás á su amor ha sido:
por ver que quando quisiera
hacer á Iñigo mi esposo,

su estado poco dichoso
al presente lo impidiera:
y que nuestro padre, hermana,
por pobre, y por desdichado
le hubiera tambien negado
lo que por méritos gana:
quise, sin darle á entender
mi amor, tiempo al tiempo dar,
y su suerte mejorar;
pero hela echado á perder.

Elv. Pues cómo se compadece
amarle, y hacer que emprenda
su muerte? no hay quien te entienda:
de razon, Leonor, carece,
quererle bien, y forzarle
á un imposible cruel.

Leon. El valor que vive en él
pudo á ese riesgo obligarle,
que yo nunca lo intentara.
Viéron los nuevos despojos,
viéron pues mis tristes ojos
entregar, ó suerte avara,
al Moro el mayor caudal,
el tributo mas precioso,
el triunfo mas lastimoso
de hermosura celestial:
ví arrancar las luces bellas
de nuestro cielo Español,
y ví avergonzado á el sol
de vernos quedar sin ellas.
Ví la confusion, y el llanto
de las que quedan y van,
ví que presentes están
mirando deshonor tanto
algunos hombres, si es bien
este nombre ya ofrecellos.
Iñigo estaba con ellos,
miréle allí, y con desden,
dixe, del dolor vencida,
cómo es posible que hay hombre,
que merezca algun renombre!
De suerte, mientras la vida
en tanta infamia sustenta,
que no sois hombres es llano,
no merecerá mi mano
quien no acabare esta afrenta.

Elv. Qué mas decirle querias,
ó cómo en desprecio igual?

Leon. Quién previniera este mal!
todas son desdichas mias.
Dice á voces, mirando adentro.
Cielos, Lope viene allí,
sí, él es, no me engañé yo.
Lope, el alma te aguardó,
la vida pende de tí.
Entra Lope, y abrázale Leonor.
Llega, no aumentes mi daño;
á Iñigo adoro y quiero;
llega á mis brazos, que muero,
apresura el desengaño;
dónde queda, dónde está,
viene? acaba por tus ojos,
Dele una sortija.
toma, y templa mis enojos,
asegura á el alma ya,
dí presto. *Lop.* Pienso, señora,
si bien tu rigor se advierte,
que alegre ya de su muerte
me dás albricias agora.
Si como llego á escucharte
mi desdichado señor
era dueño de tu amor,
qué causa pudo obligarte
á desesperar su vida;
ó por qué su muerte ignoras,
si le matas, y le adoras?

Leon. No viene? *Lop.* Mas afligida,
señora, con tus razones
el alma viene á quedar,
que el ver tu cielo turbar
con tristes demostraciones,
declara bien que este daño
la desdicha de los dos
le concertó. *Leon.* No, por Dios,
no te burles si es engaño:
Lope, mi pena es de suerte,
que quando llegues á dar
la gloria sin el pesar,
me habrás dado ya la muerte.

Vase Lope sin responder, y Leonor le detiene.

Leon. Por qué te vas? oye, ay cielo!

Lop. Por no responderte. *Leon.* Espera.

Lop. Oxalá, señora, fuera
ménos cierto el desconsuelo,

pluguiera á Dios que el engaño
nos pudiera aquí valer,
sin llegarte yo á ofrecer
tan costoso desengaño.
Iñigo te obedeció
en montes de Estremadura,
cuya intrincada espesura
el sol apénas la entró.
Con osada bizarria,
pensamiento temerario,
Iñigo envistió al contrario,
quando en su guarda traia
un exército; yo fui
testigo de mal tan cierto,
que de cautivo ó de muerto
no pudo librarse allí.
Leon. O pesar nunca esperado,
pena á mi culpa debida,
pero pues yo tengo vida,
y el dolor no la ha acabado,
no es posible que él murió;
cautivo, y no muerto está,
que imposible fuera ya
morir él, y vivir yo.
Si está preso, con el oro
su libertad compraré,
y el alma por él daré,
que es poco precio un tesoro.
Ven, Elvira, que hoy verás
si le adoro o le aborrezco. *Vase.*
Elv. Dos penas juntas padezco,
no sé qual me ofende mas,
el llorar aquí su muerte,
ó el ver que le hayas amado,
que si él vive, tu cuidado
que voy perdida me advierte. *vase.*
Lop. Secreta mina de amor
se ha reventado en su pecho,
quién tan gran milagro ha hecho?
Cost. Siempre le quiso Leonor.
De la historia referida,
Lope, una duda me advierte,
cómo en peligro tan fuerte
te escapaste con la vida?
Lop. Mucho apuras tú la historia,
Costanza: en qualquier batalla,
quien cuente siempre se halla
el estrago ó la victoria;
yo fuí. *Cost.* Que vuelves sé yo.
Lop. Digo, que mil veces fuí.
Cost. Que has vuelto, Lope, creí;
pero que hayas ido no.
Lop. Testigo muy abonado
te daré de que fuí allá.
Cost. Quién el testigo será?
Lop. Un madroño muy honrado,
y un espino su vecino,
con cuyo amparo encubierto...
Cost. Tampoco eso, Lope, es cierto:
mienten madroño y espino.
Lop. Y si te traigo el turbante
de un Moro que cautivé?
Cost. Y el Moro? *Lop.* El Moro se fué:
hay muger mas apretante!
Cost. Buen soldado. *Lop.* Por quererte,
Costanza, y volverte á ver.
Cost. Claro está, que por volver;
eso solo he de creerte.
Lop. Acreditarme no puedo,
mas quando el peligro es tal,
el hombre mas principal
ha visto la cara al miedo.
Con todo eso me has costado
gran susto, que en la pasada
entrega, por entregada
al Moro te habia llorado.
Cost. No me cupo á mí la suerte.
Lop. Claro está, ni pudo ser
el llegarte á tí á caber.
Cost. Por qué?
Lop. Porque si se advierte,
los Moros piden doncellas,
y es muy grande inconveniente.
Cost. En tu lengua maldiciente.
Lop. Yo nunca dixe mal dellas.

Vanse, y salen Iñigo y Abdalá, vestido de christiano, y criados.

Iñig. Este es el lugar dichoso,
este el sitio alegre, el cielo
de las glorias de Leonor:
de quanto miras es dueño
Nuño de Valdes su padre,
cuyos blasones el tiempo
no podrá borrar jamás,
que alcanzan nombre de eternos.

Falta agora que me digas
la ocasion, el fundamento
destas enigmas confusas,
que esconden tantos misterios.
Despues de darme la vida,
despues Abdalá que debo
á tu valor tantas honras,
que referirlas rezelo;
no por ingrato, por ver,
que no he de salir de empeño,
aunque si tu esclavo soy,
y la obligacion confieso,
quanto liberal me has dado
ya te pago, agradeciendo,
que es paga que niegan muchos,
y no es la que vale ménos.
Dísteme en fin libertad,
y prisiones añadiendo
á beneficios tan grandes,
tú mismo, no sé el intento,
acompañándome vienes,
mi propio trage vistiendo
te encubres y te disfrazas;
y sin declarar tu pecho,
muchas veces me preguntas
del estado, y los aumentos
de Nuño de Valdes; yo
de su calidad te advierto,
que es noble, que es poderoso,
y que á su vejez sirviéron
de báculo, y dulce arrimo
Leonor y Elvira, y tú luego
dices que quieres venir
conmigo á su patrio suelo,
á ver á Nuño su padre:
y que despues de un secreto
me darás larga noticia;
mas me cuestan de un desvelo
estas dudas: ya en fin puedes
romper el mudo silencio.
Ya se pueden descifrar
tus ocultos pensamientos,
ya estás adonde pretendes,
y á mí me mata el deseo
de saber lo que me encubres:
corre á la verdad el velo.

Abd. No estraño el verte confuso,
no admiro el verte suspenso;
que la causa que te he dado
es grande, ya lo prevengo.
Quando te ví tan bizarro,
quando te escuché soberbio,
provocando mi furor,
no ablandándome con ruegos:
quando te ví que llegaste
casi á hacer de mí desprecio,
sin que el temor de la muerte
tuviese en tu vida imperio:
entónces, Iñigo, escucha,
te ví el alma, te ví el pecho,
y hice eleccion en mi idea
de tu valor, de tu esfuerzo,
para un caso que es tan grande,
que yo á mí mismo me niego
lo que de tí solo fio,
y que no me engaño pienso;
porque solo se han de dar
á los magnánimos pechos
las grandes dificultades,
los árduos atrevimientos.
Responderás, que por qué,
si te he obligado, no llego
á declararme contigo,
y te dilato el saberlo.
Causa he tenido tambien,
Iñigo, porque primero
quiero que á tu dama veas,
y que en sus brazos aliento
tu vida triste reciba,
para que viéndote en ellos
juntes á lo que me debes
aquel gozo, aquel contento.
Demas, que yo vengo á ser,
por si dudaren tus hechos,
y tu modestia los calla,
Coronista verdadero;
pues dices que vive aquí;
desta dicha en fin tratemos,
que en viéndola te hablaré,
y me oirás con mas sosiego.

Iñig. No, Abdalá, tarde se me hace,
agora saberlo quiero,
que me llegan á ofender
tan prolijos argumentos,
y solo por tí tuviera
tanta flema, tanto tiempo.

Si he de serte agradecido,
bastante obligacion tengo,
y si ingrato soy tambien,
no dexaré ya de serlo,
que aumentan mas su delito
los beneficios de nuevo,
que en el traidor y el ingrato
no cabe arrepentimiento.
Yo no he de pasar de aquí,
Abdalá, yo estaré atento,
sácame ya deste encanto,
declárate sin rezelo.
Cansado Moro, por Dios, *ap.*
vive el cielo, que le temo:
dí Abdalá, qué puede ser
tan prevenido suceso?
Abd. Pues ya es fuerza, seré breve.
Iñig. Yo te lo suplíco y ruego.

Saque Abdalá un retrato.

Abd. Conoces este retrato?
mírale bien.
Iñig. Ya le veo,
de Leonor es; mire donde *ap.*
vino por tantos rodeos
á dar, desdichado soy,
enamorado está el perro.
Abd. Qué dices?
Iñig. Que es de Leonor
he respondido, y que espero
lo que me mandas.
Abd. Bien piensas
tú, que los dulces incendios
de amor me abrasan el alma,
y que á ver sus ojos ciego,
sin otra causa he venido;
mal piensas, si piensas esto.
Dexadnos solos.
Criad. No hay quien
conozca su pensamiento.

Vanse los criados.

Iñig. Pues dime por Dios la causa,
que estoy, Abdalá, muriendo.
Abd. Ya sabes que Abderramen,
mi padre, quitó del cuello
el yugo pesado á España,
porque hasta aquí la tuviéron
por los Miramamolines,
de Africa solo en gobierno.
De suerte, que Africa y Asia
cabezas de España fuéron,
hasta que mi padre, en fin,
se hizo señor deste Reyno;
y por armas le dexó
de los Califas esento.
De los Moros que le habitan,
uniendo y juntando un cuerpo,
que él solo el primero ha sido
que por Rey obedeciéron,
con fábricas levantadas,
con edificios soberbios,
hoy á Córdova engrandece,
que es de su Corte el asiento,
la máquina hermosa y grave,
el autorizado templo,
nuestra mezquita sagrada,
que de sábios arquitectos
en su grandeza descubre
la traza, el arte, el ingenio,
cuyos jaspes remendados,
atlantes del grave peso,
por ser tantas sus colunas,
los dias del año excediéron,
es obra suya tambien,
sus blásones no refiero,
porque es padre, y porque ya
la fama te avisa dellos.
Es pacífico, es prudente,
es piadoso, es justiciero;
solo una falta le culpo,
solo un abuso condeno,
que es vicio ya entre nosotros,
pues sin decoro y respeto,
al tálamo soberano
tenemos, bárbaro exceso!
tantas Moras por mugeres,
cuyo torpe desconcierto,
multiplicando familias,
y confusiones creciendo,
en las casas de los Reyes
da cien hijos para un cetro.
Por no cansarte, mi padre
llega ya al último extremo
de la vida, por su edad,
veinte hijos dexa en efecto;

si de uno solo es la dicha,
si uno es solo el heredero,
y no soy, Iñigo, yo,
siendo yo el que mas merezco:
mi pretension te descubro,
yo la corona pretendo,
yo los mas nobles obligo,
yo quien me apellide tengo,
que apénas habrá faltado
mi padre, quando resuelto
las armas tome, y con ellas
venza la fuerza al derecho.
Homar, que en Africa es
el Califa, el Rey supremo,
gente, y amparo me ofrece;
y yo le ofrecí por feudo
el que vuestro Rey nos paga
de los cien Angeles bellos.
Es Homar, este es el caso,
Rey tan lascibo, que ha hecho
que de España, y otras partes,
copien con pinceles diestros
de todas las hermosuras
los mas divinos sugetos.
Entre otros, este retrato
por mi castigo le diéron;
obliguéme, y dí palabra
de conocer, ¡qué gran yerro!
la luz que dió á esta pintura
tan soberanos reflexos:
y presentarle á Leonor
secretamente sabiendo
quien era, y solicitando,
que el número de las ciento
ocupase, y fuese una:
salí yo mismo al encuentro,
pensando que la traian;
pero el desengaño viendo;
y aunque con cautela allí
conociendo de tí mesmo
su estado, su calidad,
y el imposible que emprendo;
determiné disfrazado
ser yo mismo el instrumento,
para adquirir esta gloria:
con tu ayuda me prometo:
claro está que será fácil.
Que aunque de tu Rey infiero
por conocerme, y por ser
mi amigo, que mis intentos
ayudará, no he querido
que él llegára á conocerlos.
Solo de tí me he fiado;
un Reyno me va no ménos,
ó el poder asegurarle
en cumplir lo que he propuesto,
y en darle al Rey á Leonor.
Piensa, pues eres discreto,
quanto te obligo en fiarte
tan importantes secretos:
seis prisioneras por ella
para tu dama te ofrezco:
la vida te dí, á Leonor
me has de dar, Iñigo, en trueco,
pues de ser agradecido
blasonas; ya para serlo
bastante ocasion te he dado:
traza, intenta, busca el medio,
libre estás, pero obligado,
yo mismo á tu patria vengo:
como señor, te lo mando,
como amigo, te lo ruego.
A solas quiero dexarte,
entra contigo en consejo,
y no me des la respuesta,
sin que me des el remedio.

Iñi. Abdalá, escúchame, aguarda,
la confusion del infierno
no fué mayor que la mia.
Abdalá.

Abd. Ponlo en efecto,
y respóndeme despues. *vase.*

Iñi. Escucha, perderé el seso,
vive el cielo, que quisiera
poder sacarla del pecho.
Ah Leonor, quánto me cuestas!
mayores males rezelo.

ACTO SEGUNDO.

Salen Iñigo y Lope.

Lop. Señor de mi corazon,
qué milagro te ha escapado?
tú libre, si lo he soñado?
tú vivo, si es ilusion?

Tú donde yo verte pueda?
tú donde llegue á abrazarte?
con verte, oirte y hablarte
dudosa la vista queda.
Otra vez te vuelvo á ver,
otra vez te he de palpar,
otra vez te he de abrazar,
y aun no lo llego á creer;
Iñi. Vivo estoy: Lope, yo soy.
Lop. Sano y libre? *Iñi.* Libre y sano.
Lop. Sin faltarte pie, ni mano.
Iñi. Gracias á Dios, bueno estoy.
Lop. Que no has menester traer
pie de palo, ni muleta?
no ha sido guerra perfecta,
quitado te ha el merecer;
no te dexé yo metido
entre mil alfanges fieros?
Iñi. De sus bárbaros aceros
librarme el cielo ha querido.
Lop. Y los que te acompañáron?
Iñi. De seis la muerte triunfó,
pero de su fama, no,
mas de cien vidas costáron;
los demas vienen conmigo
libres tambien. *Lop.* Preguntarte
mas, será, señor, cansarte:
yo, tu fuiste buen testigo,
el primero acometí,
mas no me atreví á la muerte.
Iñi. Hiciste bien de volverte.
Lop. De un madroño, erizo fuí,
el fué, señor, mi sagrado,
tan callado, tan discreto,
que á nadie fié secreto,
que mas bien le haya guardado.
No preguntas por Leonor?
Iñi. Temo verla, temo hablarla.
Lop. Qué es temer? resucitarla
podrá tu vista, señor:
parece que le ha avisado
el alma de tu venida:
ella viene aquí, tu vida
un mar de llanto ha costado.
Despues te contaré extremos,
déxame ganar agora
las albricias: ah señora. *Iñi.* Oye.
Lop. Despacio hablaremos:
Leonor, Elvira?

Salen Leonor, Elvira, Costanza, y Lope se pone delante de Iñigo para que no le vean.

Leon. Qué quieres, Lope?
Lop. Muy presto han salido,
escóndete; albricias pido.
Leon. De qué? *Lop.* Saberlo no esperes,
si primero.... *Cost.* Yo las gano;
Hace que ve Costanza á Iñigo.
Iñigo, señora mia.
Lop. Mala pepita.
Cost. Desvia. *Lop.* Albricias.
Cost. Cansaste en vano,
que yo las gané primero.
Lop. Tu lengua á quién no ganó?
Cost. Primero lo dixe yo, albricias.
Elv. Pues yo á Lope darlas quiero.
Leon. Y yo á los tres las daré,
á tí porque me llamaste,
á tí, porque le nombraste,
y á mí porque lo escuché.
Pero si bien lo advertí,
corta en prometer he sido,
porque no hay en mi sentido
á quien no las deba aquí;
y ansi pagando... *Lop.* A eso voy.
Leon. A tí en señal, que agradezco,
Lope, esta joya te ofrezco,
á tí un vestido te doy,
á él alma un bien no esperado,
y á mí misma el parabien,
y á vos los brazos tambien,
porque el alma ya os la he dado.
Abrázale.
Lop. Gastó amor todo el caudal,
que no hay amor avariento,
si gozando ya el contento
empieza á ser liberal.
Elv. Aunque soy ménos dichosa
que Leonor en merecer,
no lo soy en el placer,
que con alma generosa
le hago ventaja mayor
en la gloria que recibo
de veros, Iñigo, vivo,
quando vos sois de Leonor,

muy claro es el argumento,
pues si ella favorecida,
y de vos correspondida,
dá muestras de su contento:
yo que en sus brazos os ví
ventaja la llego á hacer,
pues pudo mas el placer,
que el pesar de verlo allí.
Leon. No en vano quando hoy salía
á este campo, ví á las flores
vestirse nuevos colores,
mas alegres que otro dia.
Iñi. Leonor bella, Elvira hermosa,
esta dicha, este favor,
laureles son del valor,
de una empresa gloriosa.
Mi suerte no es tan dichosa,
que aunque el peligro emprendí,
y fuí á vencer, no vencí:
quede el favor suspendido,
que no cabe en un vencido
la gloria que gozo aquí.
Mas puesto en razon será,
sin la merced que me haceis,
que mi vida desprecieis,
pues no la he perdido ya.
Aunque disculpada está,
que si la muerte sabia
que ofrecida os la tenia
la vida que me dexó,
por vuestra la perdonó,
que supo que no era mia.
Todo quanto pudo hacer
por obligar su rigor,
hizo mi vida, Leonor,
mas no la pude vencer.
Porque en llegando á saber
que era del amor la suerte,
suspendiendo el golpe fuerte,
huye, y mi vivir dilata,
que donde amor hiere y mata,
no tiene que hacer la muerte.
Si bien se llega á advertir
parias os viene á pagar,
pues no me quiso matar,
aunque yo quise morir.
Y no es modo de decir,
porque quando de mí huyó,
y la vida me dexó,
me dixo allí: esos despojos
son de Leonor, que sus ojos
tienen mas poder que yo.
Leon. Si cortés la muerte allí,
Iñigo, te ha perdonado,
bien á los dos ha mostrado,
que fué por mí, no por tí.
Porque si el alma te dí,
y como dices sabia,
que yo en tu pecho vivia,
la piedad que allí mostró,
fué porque viviese yo,
que tu muerte era la mia.
Con justa causa podré,
si ya el efecto se advierte,
llamar piadosa á la muerte:
mucho mas que tú lo fué.
A tí el nombre se te dé,
que era suyo; pues tirano,
quando allá huyendo la mano,
por mi vida allí miraba,
tu rigor me la quitaba,
tú me matabas, es llano.
Iñi. Tan grande bien no se alcanza
con menor dificultad,
piadosa fué mi crueldad,
discreta fué mi venganza,
pues da el premio á mi esperanza,
sin el pasado rigor.
Leon. Yo no te dixe, señor,
que partieses á morir,
porque eso fuera decir,
dale la muerte á Leonor.
Lop. Costanza, poco te debo,
pues habiendo yo partido
al peligro referido,
un favor tuyo no pruebo,
ni me dices que te mato,
quando de ir á morir trato,
muy rebelde te imagino.
Cost. Lope, por ese camino
nunca tú me has sido ingrato.
Iñi. Esta dicha, este favor
que gozo, y la libertad,
solo debo á la amistad
de un Moro noble, Leonor;
y no es interes pequeño

el que quiere por rescate,
si bien pide un disparate.
Leon. Si para salir de empeño
mis joyas son menester,
ya imaginándoos cautivo,
oro y joyas apercibo,
dello podreis disponer.
Iñi. Oxalá fuera el caudal
del oro bastante paga,
no hay cosa que satisfaga,
precio pide desigual;
pero la satisfacion
que yo ofrecerle quisiera
es la que mi amor espera.
En la mayor confusion
me darás vida, señora,
si entre las dichas que gano
merezco la de tu mano,
y me haces tu esposo agora.
Leon. Enigmas son que no entiendo,
pero si mi mano en parte
puede á la paga ayudarte,
tu libertad redimiendo;
Elvira, tenlo por bien,
què el peligro á los dos toca,
pues escuché de tu boca
que quieres á Iñigo bien.
No te ofenda este concierto,
tú sabes de mi cuidado,
lo que á el alma le ha costado;
que no te he ofendido es cierto,
pues fué primero mi amor,
que si conmigo pudiera
hacer que le aborreciera,
tú sola deste favor
dueño fueras: no le digas
á mi padre nuestro intento,
no estorbes su casamiento,
pues sabes que á Iñigo obligas.
Elv. Lo que me forzó á perderme,
fué ver que no le querias,
pensar que le aborrecias,
todo el daño llegó á hacerme.
Pero como has advertido
mostraré mi ciego amor
en no estorbarle el favor,
y en llorar siempre su olvido. *vase.*
Leon. Lo que pudiera causarme

Abdalá está escuchando entre unos ramos.

zelos, mi esperanza alienta,
mi dicha este campo sienta,
parabien lleguen á darme,
quando por dueño te gano,
campos, yerbas, plantas, flores,
y auméntense tus favores,
si estan Iñigo en mi mano:
tu esposa soy.

Al darse las manos, caésele á Iñigo la daga, y queda con sangre la mano de Leonor.

Iñi. Ya no espero,
ay cielo, pena mayor,
iba á decir, mas honor,
que desdicha. *Lop.* Mal aguero.
Iñi. La daga se me cayó,
pero será mi homicida,
porque esta sangre vertida
del corazon la sacó.
Leon. No es nada, no os dé cuidado,
que si vuestra esclava soy,
mas seguridad os doy,
pues con sangre lo he firmado.
Dadme un lienzo, que con él
se remedia todo el mal.
Pónela un lienzo.
Iñi. Qué ufano queda el cristal
entre lineas de clavel!
Leon. Quedaos, que á mi padre espero;
escusemos su pesar,
mañana os quisiera hablar.
Iñi. Solo obedeceros quiero.
Leon. Venga Lope, y le diré
á qué hora podreis ir.
Iñi. Y cómo podré vivir,
si de la herida no sé?
Leon. Un rasguño ha de alteraros?
no le deis nombre de herida;
que voy, Iñigo, corrida
de ver que pudo turbaros:
ven Costanza. *vase.*
Cost. Lope, á Dios.
Iñi. Poco duró mi alegría.
Lop Escucha, Costanza mia,
declarémonos los dos.

Cost. En qué forma? *Lop.* Si tú fueras
la que á casarte llegáras,
y en este azar tropezaras,
y ensangrentada te vieras,
qué sospecháras? *Cost.* No sé.
Lop. Yo sí, porque era señal
de una desgracia fatal.
Cost. Cómo? *Lop.* Yo te lo diré;
tú no hicieras solo un yerro,
claro está, y el tal esposo,
si era un poco vidrioso,
te habia de dar pan de perro.
Cost. Yo le obligara. *Lop.* Á encubarte,
si él fuera esposo de veras.
Cost. Ay Lope, si tú lo fueras,
yo supiera... *Lop.* Qué?
Cost. Enterrarte. *vase.*
Lop. No es cosa que me está bien,
cuidado, enterrarme á mí;
malos años para tí,
y para todas tambien.
Vuelve Iñigo á mirar á Abdalá.
Iñi. No se acabó mi pesar:
vete Lope. *Abd.* Ya me ha visto.
Lop. Enterrarme? no por Christo,
yo á todas pienso enterrar.
Iñi. Vete á saber de Leonor.
Lop. La herida te da cuidado.
Iñi. Vete.
Lop. Allí hay un embozado.
Abd. No fué en vano mi temor.
Lop. A hablarse llegan, aquí
escondido escucharé.
Pónese Lope entre unos ramos.
Iñi. Abdalá. *Abd.* Todo lo sé,
Iñigo, todo lo ví,
ya la respuesta me has dado,
sin dármela, mas no ha sido
la que yo me he prometido,
de tu amistad engañado.
Ya te ví con sus favores
puesto en la cumbre de amor,
ya en el cielo de Leonor
te ví con grados mayores
de gloria que tú esperaste;
ya te ví en union segura,
que el premio de su hermosura
con su mano confirmaste.
Pero el coral que allí vierte,
la púrpura que derrama,
sino peligra en tu dama,
anuncia tu triste muerte.
Iñi. Abdalá, corrido estoy
de que podrás presumir,
que yo te quise encubrir
lo que llegaste á ver hoy.
Si la respuesta aguardáras,
quando de tu pensamiento
me diste parte, mi intento
ni mi amistad hoy culpáras.
Lo mismo que á ver llegaste,
si entónces te respondiera,
sin engaño te dixera;
pésame que lo escuchaste,
que ya no agradecerás
saber la verdad de mí,
ántes como has dicho aquí,
que te engaño pensarás.
Pero la respuesta sea,
que á tu prision volveré,
y que en ella moriré,
porque cumplido se vea
el presagio que advertiste
en su mano. *Abd.* Yo entendí
que el verte dichoso allí,
que el favor que mereciste
era caudal que juntabas,
si no bien para pagarme,
Iñigo, para mostrarme
la obligacion en que estabas:
si queriendo bien la dieras,
fuera fineza mayor,
porque á no tenerla amor,
en darme á Leonor, qué hicieras?
Iñig. La libertad recibida,
por gozar de Leonor bella,
la estimé, porque sin ella
no habia yo menester vida.
Con mayor razon podré
decir que tú me engañaste,
pues quando me libertaste
debaxo de engaño fué.
Trato es doble, no amistad,
porque á declararme el precio
no habia yo de ser tan necio,
que quisiera libertad.

Sin gusto, dí quién recibe
vida, ó quien tenerla quiere?
que con la vida se muere;
y con el gusto se vive.
Yo no te pude engañar,
que sin llegarlo á saber,
ni te la pude ofrecer,
ni te la pude negar;
pero advierte, aunque otra fuera
la dama, y yo no la amára,
tampoco te la entregára,
tambien te la defendiera.

Abd. Tú naciste con valor?
tú eres el que te has preciado
de agradecido, de honrado?
tú tienes, Iñigo, honor?
No es posible, no lo creo,
pues quando ves que aventuro
un Reyno, y que le aseguro
con este hermoso trofeo,
bárbara resolucion
tomas, sin considerar,
que hay siempre damas que amar,
y no siempre hay ocasion
en que á un Rey obligar puedas.

Iñig. Mucho, Abdalá, te he sufrido,
y habiéndome conocido,
mas obligado me quedas,
que yo lo estaba de tí,
pues yo allá no moví el labio
en tu desprecio, en tu agravio,
como tú lo haces aquí.
Y segun ya declaraste
en el precio que pediste,
la libertad que me diste
en tu interes la fundaste.
Siendo así no es amistad,
interes sí, con el oro,
no con la prenda que adoro
pagaré mi libertad.

Abd. Ese no es agravio? *Iñig.* No,
que el amigo que lo es ya,
nunca vende el bien que dá,
ni a imposibles obligó.

Abd. En el sagrado fiado
de tu patria hablas ansí?

Iñig. Pues sino estuviera aquí,
no te hubiera muerte dado?

Abd. Villano, tan libre estás
conmigo? *Iñig.* Repórtate,
que te he sufrido, y no sé,
si podré sufrirte mas.

Abd. No respondo á tu locura,
porque espero castigarte
con mas rigor, y quitarte
que no goces su hermosura.

Iñi. Si pudieres harás bien;
no te enojes.

Quiere Iñigo ir con él.

Abd. Quita. *Iñig.* Advierte,
que yo en salvo he de ponerte,
y he de ir contigo tambien.

Abd. No pases de aquí: sacarla,
si entre tus brazos está,
de ellos mi valor sabrá.

Iñig. Yo te prometo guardarla. *vanse.*

Sale Lope, que ha estado escuchando.

Lop. Oigan, Morito encubierto!
todo el caso he penetrado:
alto, mi amo de honrado
no le ha dado muerte, es cierto.
El no viene por Leonor?
yo no lo sé, bueno está,
por los pies no se me irá,
yo le quitaré el amor.

Vase, y salen Mauregato, Enrique y criados, de caza.

Maur. Qué rigor, qué castigo de los cielos
me causa tal pesar, tales desvelos?
quién mi vida condena
á tan rabiosa y dilatada pena;
no hallo parte segura,
sosiego en vano el alma ya procura,
en el gusto, en la mesa, hasta en el sueño,
de un desconsuelo en otro me despeño,
la desdicha mayor carga en mis hombros
donde quiera que voy encuentro asombros.
Esto es reinar? para esto, Mauregato,
el reyno adquieres con aleve trato?
pero qué importa el cetro, la grandeza,
donde ya prédomina esta tristeza?
ó qué descanso al alma le apercibe,
si la conciencia mal segura vive?

Criad. Notable extremo de melancolía!
Enr. Huye siempre el placer.
Maur. Mortal porfia!
Enr. No se rinda, señor, tu pecho fuerte
á exceso tal, tu pena aquí divierte,
sino en la caza, en este campo hermoso,
por su gran variedad mas deleitoso.
Maur. Hasta el campo, las yerbas y las flores
conjuran contra mí viles temores;
mucho al cielo le ofendo,
pues de mí mismo aquí no me defiendo.
Enrique, yo no reyno justamente?
No soy hijo de Alfonso, Rey prudente,
á quien renombre eterno da la fama,
que por Santo el Católico le llama?
No me toca el gobierno de derecho?
qué agravio á Alfonso, mi sobrino he hecho
por la edad, y esperiencia,
no hay en mí mas valor, mas suficiencia
que no en sus tiernos años,
dispuestos á costosos desengaños?
Enr. Quién lo niega, señor?
Maur. Pues cómo he sido
de todo el Reyno junto aborrecido,
porque tirano á voces ya me llaman,
y aun de bastardo vil casi me infaman?
Enr. El dolor muchas veces
del tributo, señor, que al Moro ofreces,
causar pudo en el pueblo efectos tales.
Mau. Si por ser desleales
y traidores conmigo,
apellidando á Alfonso mi enemigo,
me obligan á que amparo al Moro pida,
qué mucho que en traicion tan conocida
cien mugeres en feudo le ofreciese,
porque del Reyno posesion me diese?
Enr. Como es daño comun, y á muchos toca,
el agravio y dolor sale á la boca:
ese lugar que miras populoso,
cuyo edificio hermoso
de aquí poco distante,
de las ruinas del tiempo está triunfante;
hoy parte deste daño ha recibido,
y en suerte le ha cabido,
que pierda siete estrellas,
ó siete luces nobles las mas bellas,
y temo que si llega á executarse,
ántes que al Moro puedan entregarse...
Maur. Qué rezelas, qué temes?
Enr. Que la ofensa
ponga á sus nobles padres en defensa;
Leonor y Elvira, pues cuya hermosura
participa de aquesta desventura,
hijas de Nuño de Valdes. *Maur.* Sí.
Enr. Advierte,
que es poderoso, y es contrario fuerte.
Maur. Si abricias me pidieras,
por tan alegre nueva, las tuvieras,
que Nuño fué tambien, ya lo he sabido,
de los que al darme el Reyno han resistido,
y aun hoy temo que escribe
á Don Alfonso, y que en su gracia vive:
no habrá, Enrique, tesoro,
que á sus dos hijas libre ya del Moro;
ansí vengarme de Iñigo pudiera,
ansí pluguiera á Dios que del supiera.

Dice dentro Lope.

Lop. Al Moro, al Moro zagales.
Dent. No se escape por acá,
ved que enamorado está;
demos alivio á sus males.
Abd. Villanos. *Villan.* Todos á él.
Otro. Descansará si le acierto.
Abd. Qué traicion, qué desconcierto!
Lop. No se nos huya el lebrel.

Salen villanos con palos y hondas, tirando á Abdalá. Lope con ellos, y Abdalá con la espada desnuda.

Abd. Vendido me han: ó traidor
Iñigo! *Lop.* Estos son regalos
de tu dama, porque á palos
da tambien el fruto amor.
Abd. Retirado de mi gente,
de un peligro en otro doy;
desdichado en todo soy.
Villan. Dale, Bras. *Otro.* Tira, Llorente.
Maur. Qué es aquesto?
Enr. Unos villanos,
que á un hombre siguen.
Maur. Llegad.

Llegan los que saliéron con el Rey á defender á Abdalá.

Lop. Leonor, por la voluntad
te envia este besamanos.
Enr. Villanos á un hombre ansí
dais muerte. *Lop.* Emboscada habia?
pesia tanta perreria. *Villan.* Huye.

Huyen los villanos, y Enrique detiene a Lope.

Lop. La empresa perdí.
Enr. Aguarda tú. *Lop.* Disfrazados
con nuestro traje y vestido
el Moro los ha traido;
ó perros enmascarados!
Maur. Dí verdad, qué os obligó
á quererle dar la muerte?
Enr. Que es el Rey quien te habla advierte.
Lop. El Rey el alma volvió
al cuerpo, que imaginé,
que eran todos de su vando.
Cúbrese Abdalá el rostro.
Este es un Moro nefando,
que aunque vestido le vé
de nuestra piel, ha venido
á robar una cordera:
si por tu Alteza no fuera,
ya el lobo hubiera caido
en la trampa.
Maur. Es verdad esto?
quién eres? *Abd.* Fuerza ha de ser
que lo llegues á saber,
quando es ya tan manifiesto
el yerro que hizo mi amor:
mi intento lograré ansí: *ap.*
escuchame aparte. *Maur.* Dí.
Descubre el rostro.
Abd. Conócesme ahora, señor?
Maur. Abdalá, dame los brazos.
Abd. Sin descubrirme y nombrarme
puede vuestra Alteza honrarme.
Maur. Tú de esta suerte?
Abd. Son lazos
de amor, con que el alma ciega,
locamente me ha traido,
donde un traidor me ha vendido,
y hoy á la muerte me entrega.
Amo á Leonor hija hermosa
de Nuño, y en fin tracé
este disfraz, y pensé
con industria cautelosa
poder vencer su rigor,
fiándome de un ingrato;
si has visto su aleve trato,
si has conocido mi amor,
y si el ser quien soy te obliga,
á tus pies humilde pido;
que entre el feudo prometido
esta adorada enemiga
se cuente, sin que á entender
llegue mi padre mi error,
que si me das á Leonor,
tu esclavo siempre he de ser.
Mau. No tiene dificultad
el habértela entregado,
ya por suerte la ha tocado
el ser tuya. *Abd.* A esa piedad
le vendré á deber la vida.
Maur. Enrique, con suficiente
guarda tu valor intente
desde hoy tener defendida
á Leonor, hasta llegar
á hacer de todas entrega:
prendan á ese hombre, y si niega...
Lop. Cómo ¿ lindo negociar.
Maur. Quién fué el traidor que le obligó
á esta maldad? denle muerte.
Lop. Señor, mira, escucha, advierte,
que esta canalla enemiga. .
Maur. Llevadle. *Abd.* A mi su castigo
me toca, que no se alcanza
con su muerte mi venganza:
yo conozco á mi enemigo.
Maur. Tú los castiga. *Lop.* Muy bien,
qué zayno el perro me mira,
Enr. Triste Leonor, pobre Elvira,
y triste padre tambien.
Maur. Desdichadamente reyno,
pues este feudo ofrecí,
grave maldad cometí,
grande afrenta de mi Reyno.
Con que libertad pidió
á Leonor, ó dura ley!
vasallo soy, no hoy Rey;
el Moro reyna, yo no.

Abd. Conmigo te he llevar;
ven pues. *Lop.* Mi dicha perece,
Rey, que á Moros favorece,
no debiera de reynar.

Vanse, y salen Iñigo y Leonor.

Iñig. Prometisteme avisar
hoy con Lope, Leonor mia;
á la hora que podria
ver tu luz, venirte á hablar.
Como no me han avisado,
y ha pasado un siglo entero
sin verte, por verte muero;
y vengo sin ser llamado,
que como soy delinqüente,
y allí mi acero atrevido
la mejor sangre ha vertido,
temo algun nuevo accidente:
he pensado, mi Leonor,
mejor á mí me suceda,
que el herido siempre queda
con algun odio y rencor,
aunque esten hechas las paces,
contra el que riñó con él;
no serás tú tan cruel,
que esta venganza disfraces.
Cómo está la hermosa mano,
que no me atrevo á pedirla
de temor, que al recibirla
me muestre el golpe aun no sano;
cómo estás, mi bien? *Leon.* Quejosa.
Iñi. Quejosa, luego es verdad
que dura la enemistad
de la herida rigurosa.
Leon. Quejosa dixe enojada:
qué Moro vino contigo?
Iñig. Quien te lo ha dicho, es amigo,
pero eso no importa nada.
Leon. Pues tú te guardas de mí,
Iñigo, Lope escuchó
quanto con él te pasó.
Iñig. Lope te lo dixo? *Leon.* Sí.
Iñig. Pésame que lo haya oido,
mas pues lo sabes Leonor,
es un fiero acreedor,
que á executarme ha venido.
Reñimos sobre la paga,
fuese conmigo enojado;
mas si Lope lo ha contado,
no importa que yo lo haga.
Pero si el ser tuyo gano,
asegura ya mi vida,
si escarmentada en la herida
no se arrepiente la mano.
Sé que tu padre ha partido
hoy á Leon, cuidadoso
estoy Leonor; y aun zeloso,
pues se que á casarte ha ido.
Mira que teme mi amor
de mi desdichada suerte,
que he de llegar á perderte,
sin ser tu esposo, Leonor.

Sale Costanza turbada.

Cost. Gente con armas ha entrado,
señora, en tu casa, temo
que es de la desdicha extremo.
Leon. Ay Iñigo, si ha trazado
algun traidor tu prision,
si el Rey á prenderte envia,
si han sabido, ay suerte mia,
que estás aquí? la ocasion
huye, si me quieres bien,
en ese jardin podrás
entrarte, no aguardes mas;
puerta secreta tambien
tiene, si salir quisieres;
entrate por Dios.
Iñig. Señora,
yo entraré, mas hasta agora
no hay causa porque te alteres. *vase.*

Sale Elvira.

Elv. Leonor. *Leon.* Elvira querida.
Elv. Toda la casa cercada
está ya de gente armada.
Dice Leonor á voces mirando adentro.
Leon. Ay cielos! guarda tu vida.
Cost. Ya entran. *Leon.* Iñigo, vete.
Elv. Mayor mal llego á temer.
Leon. Mayor, cómo puede ser,
si tu prision me promete?

Sale Enrique, y soldados con alabardas.

Enr. A violar vuestro sagrado,
Enrique forzado entra;
perdonad, hermosa Elvira,

nó me culpeis, Leonor bella.
Leon. A mi casa, Enrique, vos
con armas venis, qué empresa
acometeis? *Elv.* La mayor,
pues es contra vos la guerra.
Leon. Contra mí?
Elv. La suerte ha sido,
señora, no como vuestra,
aunque sí, que á la hermosura
le cabe la ménos buena.
Leon. Qué decis?
Enr. No sé, ni acierto,
que el alma turba á la lengua.
Leon. Proseguid. *Enr.* Siete deidades
en esta villa se entregan
al Moro, y las dos tambien
entre las siete se cuentan.
Leon. Mira Enrique...
Enr. El Moro en fin
es dueño desa belleza.
Elv. Ay hermana! *Leon.* Elvira amada.

Quedan las dos abrazadas, reclinadas las cabezas sobre los pechos.

Enr. A quién no mata esta pena?
demos lugar á su llanto,
porque el dolor no las venza;
qué rigor!
Cost. Qué desconsuelo!
Enr. Aguardad todos afuera.

Vase Enrique, y los que saliéron con él.

Cost. Señoras, ay Dios, señoras,
apénas vida las dexa
el sentimiento, una espada
dos corazones penetra
un dolor, un golpe mismo
sus dos pechos atraviesa.

Vuelven en sí.

Leon. Costanza.
Cost. Señoras mias,
mi llanto os dará respuesta. *vase.*
Leon. Elvira el valor agora
se ha de mostrar.
Elv. Qué defensa,
ó qué alivio el alma aguarda
en desdicha que es tan cierta? *vase.*

Sale Iñigo, y Leonor queda suspensa sin mirar á ninguna parte.

Iñig. Qué temores me combaten!
qué recelos, qué sospechas
asaltan mi triste vida!
sola está, nadie hay con ella.
Por darte gusto, Leonor,
que el obedecerte es fuerza,
me retiré á ese jardin,
no sé qué causa te mueva,
ni sé qué agravios me siguen;
que aunque tú aquí me aconsejas
que me vaya, no he podido,
solamente he hallado puerta
para volver á tus ojos:
Leonor, qué enigmas son estas?
no me hablas? no me respondes?
tus claras luces me niegas,
Leonor?
Leon. No siento el agravio,
ni es bien que yo me prometa;
que hay alma capaz en mí,
pues libre la razon queda
para saber discurrir,
que en el mal que me atormenta,
no morir es gran delito,
la vida es mayor ofensa.
Iñi. Leonor?
Leon. Vivir, quando pierdo
mi patria, mi amada tierra,
mi padre, mi propio ser,
y á un esposo que me espera,
que le adoro, y que me estima,
no es sentir, bastante prueba
es de que el seso he perdido,
ó que yo en vida estoy muerta.
Iñig. Leonor, tú sin responderme,
arrebatada, suspensa
con otra imaginacion,
convertida el alma en piedra?

Respóndele riéndose.

Leon. Iñigo, tú estas aquí?
Ah rigor! ah dura estrella! *aparte.*
este pesar me faltaba:
á un tiempo mismo concierta
mi desdicha tantos males:
agora sí, que es ya fuerza,
ó morir ó enmudecer,

ó no sentir, si es prudencia.
Iñig. Tú desta suerte, Leonor,
sin duda que me desprecias.
Leon. Iñigo, pues no te fuiste?
ó si escusarle pudiera
la muerte que yo padezco,
sin que mi desdicha entienda.
Iñig. En qué te ofendí? *Leon.* Ay amor,
apaga aquí tus centellas,
que no es tiempo ya que al pecho
tus llamas de nuevo enciendan:
quieresme hacer un placer?
Iñig. Qué me mandas?
Leon. Que te vuelvas:
vete, y no preguntes mas.
Iñig. Qué causa? *Leon.* No te detengas,
Iñigo, abrázame, y vete,
que importa que no la sepas.
Iñig. Tú lágrimas, Leonor mia?
tú el lienzo bordas con perlas?
tú lloras, y á tus dos soles
velo opones de tristeza?
Leon. No, mi bien, no lloro yo,
que es tan forzosa esta ausencia, *ap.*
y que no le he de ver mas,
que esté el perderle tan cerca:
mo me has de ir á ver, señor?
Vuelve á llegar.
Iñig. Qué dices? *Leon.* O si pudiera
librarme yo á mí de mí!
mucho sufro, gran paciencia,
Inigo se queda acá;
yo entre bárbaros sujeta
padeceré sin remedio.
El se olvida, y la presencia
de otra dama le entretiene,
él la sirve y la festeja;
ella hurtándome la dicha,
con sus favores le alienta,
y la mano que era mia
de esposo otra vez le entrega.
Iñigo, haste de casar?
Iñig. Cielos, qué es esto?
Leon. O que necia
anda mi memoria aquí,
pues tantas cosas me acuerda.
Iñig. Oye. *Leon.* Abrázame, y á Dios.
Iñig. Señora, escúchame, espera.
Leon. Iñigo, me voy. *Iñig.* Adónde?
Leon. No me voy yo, que me llevan:
otra vez me da tus brazos.
Vuelven á salir Enrique, y las guardas.
Enr. Señora Leonor, ya es fuerza
que vuestra casa dexeis,
y que el órden se obedezca
del Rey. *Iñig.* Qué esto, Leonor?
Leon. No lo ves, me llevan presa.
Iñig. Turbarse, llorar, no hablarme?
tantas lastimosas muestras,
válgame Dios! verdad es,
á Leonor al Moro entregan.
Enr. Iñigo es este, él la amaba,
fiero trance! mortal queja.
Leon. Iñigo, si bien me quieres,
Leonor es quien te encomienda
la vida de un padre triste,
muéstralo en mirar por ella.
Iñig. Y en morir. *Leon.* Iñigo, á Dios,
Iñig. Leonor, el pecho rebienta.
Leon. dent. A Dios.
Iñig. Aguardad, volved
contra mí las armas fieras.
Vase sacando la espada.

ACTO TERCERO.

Sale Iñigo furioso con la espada desnuda.
Iñig. Las puertas me cerrais, me atais las manos,
abrid aquí villanos,
dexad que en mal tan fuerte
halle salida, y buscaré mi muerte:
abrid, no me obligueis á que yo mismo
en el confuso abismo
de mi tormento fiero,
entregue el pecho al filo de mi acero.
Permitid que mi vida desdichada
ménos desesperada,
honroso fin intente;
ved que me mataré afrentosamente;
abrid, cobardes, que doblais la injuria,
y aumentando mi furia,
crece vuestro castigo,
mas fuerzas cobrará vuestro enemigo,
si á solas le dexais con sus desvelos:
poder de amor y zelos,

no temeis, poco valgo,
pues no rompo las puertas, pues no salgo.
Hace ruido como que derriba la puerta, y salen Abdala, y criados que le detienen.

Abd. Repórtate, reprime el furor ciego,
que yo á estorbarte llego
la salida, yo he sido
quien la muerte que buscas te ha impedido;
que viendo que excusarla no podias,
y que á morir salias
loco y desesperado,
por mi órden las puertas te han cerrado.
Iñig. Apártate.
Abd. Tanto, Iñigo, te quiero.
Iñig. En las adversidades
se muestran las finezas y amistades.
Abd. Que si yo amante ciego la adorára,
y en su amor me abrasára,
como no precediera
la causa que ya sabes, te la diera.
Por excusar ansí mayor exceso,
entre estas puertas preso
previne que estuvieses,
porque otra otra vez la vida me debieses.
Iñig. Esto es que decirme prevenias?
para esto me querias?
tú piadoso conmigo?
no me das á Leonor, y eres mi amigo?
Sale Lope.
Lop. Un mar de penas navego,
todo es confusion y espanto,
en qualquier casa está el llanto,
en ninguna hallo sosiego.
Iñig. Pues Lope, qué es ésto? espera.
Lop. Ay Iñigo desdichado!
Elvira y Leonor han dado,
sin duda, á una muerte fiera
sus pechos tristes. *Iñig.* Advierte.
Lop. Las llaves y armas quitando,
con cautela asegurando,
dos guardas, á quien dan muerte,
sin querer abrir.
Iñig. Ay cielos!
qué fiera resolucion,
suspended la execucion,
no rompais diafanos velos;
no hay duda, muerte han de darse,
detente, escucha Leonor.
Abd. Mi intento, fiero rigor,
temo que no ha de lograrse.
Lop. Ay Dios, tambien han cargado
con mi Costanza, mas ella
nunca pecó en ser doncella;
los perros se han engañado.

Vanse, y salen Elvira con una alabarda, Leonor con una espada desnuda, y las demas que pudieren.

Leon. A la mas valiente accion,
al blason de mayor nombre,
al mas heroico renombre
nos llama ya la ocasion.
A dos guardas muerte dimos,
llaves y armas les quitamos,
en ellas solo fundamos
la libertad que perdimos.
No hay padre, amigo ó pariente
de quien esperar favor,
que el mismo Rey, qué rigor!
para estorbarlo, con gente
y armas á la mira está;
que es tanta su tirania,
que este desdichado dia
de fiesta le sirve ya.
El mismo á ver ha venido
la misma infamia que emprende,
el mismo en fin que nos vende,
vernos llevar ha querido.
Pocas horas pasarán,
sin que el Moro sea señor
de nuestras vidas y honor,
de que posesion le dan.
A ser esclavas, ser viles,
nos llevan, vuestra belleza
triunfo es ya de la torpeza:
á ser concubinas viles
del Moro injusto vais ya;
allí aguardan los tiranos,
aquí solo en vuestras manos,
y en estas armas está
el ser suyas, ó el ser vuestras;
el honor, la vida, el ser
y el alma vais á perder.
Aquí pues bizarras muestras,

manifestando el valor,
aquí pues, amigas caras,
bañando en sangre las aras
soberanas del honor,
es bien que sacrifiqueis
las almas nobles en ellas,
pues veis que vais á perdellas.
Qué decis? qué respondeis?
no hablais? os turbais? dudais?
Elvira, Mayor, Costanza,
Estela, Sol, Esperanza,
qué es esto? temeis? llorais?
Vivid, pues, infamemente,
guardad la vida afrentosa,
que yo sola aquí gloriosa
vereis que... *Elv.* Leonor, detente,
que en nombre de todas yo
te respondo, que este llanto,
que esta suspension, ó espanto,
de la admiracion nació,
del contento ha procedido,
del gusto que el alma ha hallado,
solo de haberte escuchado.
Cost. Cada pecho agradecido
á tu consejo se muestra:
cada mano con valór
sabrá seguirte, Leonor:
gloriosa muerte la nuestra.
Otra. Pequeña hazaña es perder
la vida. *Elv.* Corto blason
viene á ser, que el corazon
llegue la sangre á verter.
Leon. A mayor empresa os llama
la ocasion, la muerte fiera
darnos muriendo pudiera
ménos gloria, ménos fama.

Dice Iñigo dentro dando muchos golpes.

Iñi. Iñigo llama, Leonor;
responde, mi bien, señora,
no mates á quien te adora;
abre por Dios, si mi amor
pudo algun tiempo obligarte.
Leon. Cielos, Iñigo? *Iñi.* Abre presto,
mira que está ya dispuesto
el modo para librarte. *Leon.* Ay amor!
Iñi. Escucha, advierte.
Leon. Si es verdad, ve á abrir Elvira.
Elv. Leonor, que es engaño mira,
para estorbarnos la muerte.
Leon. Es sin duda: mas si él llama?
Elv. Morir ántes es mejor.
Leon. Venza el valor, muera amor,
viva eterna nuestra fama.

Vanse, y salen Iñigo, Lope, Abdalá, y todos los demas que pudieren.

Iñi. Elvira, Leonor, esposa,
bien mio. *Lope.* Si estan ya muertas.
Iñi. Abrid, derribad las puertas.
Abd. Qué ocasion tan lastimosa!
Iñi. Responded.
Leon. Tarde has llegado,
Iñigo: no es tiempo ya.
Iñi. Ah Leonor, mira que está
tu rescate concertado:
abre pues, Leonor, querida.
Elv. Del poder de los tiranos
nos librarán nuestras manos.
Iñi. No por Dios, guarda tu vida.
Abd. A lo alto de la torre
se han asomado. *Leon.* Escuchad.
Iñi. Albricias, alma: ó piedad
con que el cielo me socorre!

Salen á lo alto de una torre Elvira, Leonor, y las demas, cada una con su vanda, puestas en ellas las manos izquierdas.

Leon. Hidalgos nobles desta villa triste,
Ricos hombres, y padres desdichados,
en quien el llanto, y la tristeza asiste,
á un bárbaro precepto ya postrados:
pueblo infeliz, que sin defensa diste
al olvido blasones tan honrados,
cuya cerviz indómita y valiente
á la infamia mayor baxa la frente.
Escuchad, advertid, estadme atentos,
ya que humildes pagais viles tributos,
sin que antigua nobleza os haga esentos
ya que rendis los mas preciosos frutos,
ya que no resistis baxos intentos,
ya que corta el dolor fúnebres lutos,
y ya que goza el Moro desta palma,
y á vuestras hijas arrancais del alma;
oid, oid, las fuerzas del contrato,

las condiciones, y las leyes fuéron,
quando firmó esta afrenta Mauregato,
quando estas parias torpes se impusiéron,
fué condicion en fin, fué ley, fué trato,
con que este fuero infame estableciéron,
que de hermosura, y sanidad constasen
las virgenes que al Moro se entregasen,
la salud, el adorno, la entereza,
y las partes que á un cuerpo hacen hermoso;
sin salud, sin ornato, sin belleza,
triunfos ya del dolor mas lastimoso,
despojos son del llanto, y la tristeza,
si bien en cada brazo mas glorioso
se descubre el valor, y mas ufano,
viene á quedar el brazo sin la mano.

Saque de la vanda el brazo sin mano, con sangre.

Elv. Seguros de engaños os presenta
el roxo humor, que en venas dividido
los vitales espíritus alienta
el caudal á la vida repartido
del corazon, la fuerza que alimenta
á el alma; en fin, pues solo ha consistido,
la fábrica del cuerpo milagrosa
en la sangre que veis verter copiosa,
aun no está suspendida la creciente,
aun no estan las crecientes agotadas,
aun podeis ver en el raudal presente,
que las venas no estan cicatrizadas;
cada brazo sin mano es una fuente,
de quien á el suelo baxan desatadas
las sartas de granates mas preciosos,
los brazaletes de rubíes hermosos.
Cost. El filo de un acero nos ampara,
el golpe de una espada nos defiende,
la sangre que á las venas desampara,
de que á las siete ya no comprende
el tributo cruel firma, y declara
nuestro valor la libertad nos vende,
y nuestras mismas manos, siendo mancas,
libres del Moro, ya nos hacen francas.
Elv. Mancas las siete estamos, vuestros fueros,
Moros, no quebrantais; pedid que sea
como deben y suelen ofreceros
cabal el feudo, sin que en él se vea
el estrago mayor, los golpes fieros,
que la una mano en otra mano emplea,
porque á no mejorarse nuestra suerte,
aun quedan manos para darnos muerte.
Iñi. Qué exceso tan lastimoso!
Abd. Valor, y esfuerzo notable!
Lop. Penelopes y Lucrecias,
y quantas Porcias pensaren
llegar á esta hazaña, mienten.
Iñi. Qué he visto? el dolor me acabe.
Abd. Qué miro? ah cruel desdicha!
las manos, por no entregarse,
por librarse, se han cortado:
nuevos blasones levante
la fama, y en nombre eterno
contra el olvido los guarde.
Abrid las puertas, rompéd,
ántes que se aumenten mares,
ántes que crezcan diluvios
do la mas valiente sangre.
Leon. Pues mancas piensas llevarnos?
Abd. Sí, mancas os quiero; honrarse
podrá el Moro, á quien la suerte
de ser vuestro le tocare:
ansi mancas os queremos.
Abrid, que mugeres tales,
sin manos se han de adorar,
erigiéndolas altares;
derribad las puertas presto. *vase.*
Leon. No las derribeis, las llaves
tomad, que aun valor nos queda,

Arroja las llaves, y Iñigo las levanta.

que engendra fuerzas bastantes
para daros muchas muertes;
pues hay hombres tan infames
que os escuchan, que os consienten,
que blasoneis arrogantes.
Elv. Entrad, pues, que con los dientes,
quando las manos nos falten,
os hemos de hacer pedazos;
y á vosotros mas cobardes,
por cada mano perdida,
por cada gota que sale
de sangre una furia crece,
un rayo en el pecho nace.
Leon. Venid á ver, hombres viles,

las mugeres mas constantes,
que sustentan el valor,
que en vosotros muerto yace. *vase.*

Iñig. Es posible que las manos
de unas mugeres infamen
vuestro nombre, y que las nuestras
no las libran deste ultrage?
Para quándo es nuestra vida,
para quándo ha de guardarse
el entregarla á la muerte,
si agora en tan fiero trance
no la perdemos, si agora
no hay quien esta causa ampare?

Todos. Mueran los bárbaros.

Otros. Mueran.

Lop. A ellos, ninguno escape.

Tocan caxas, y vanse sacando todos las espadas.

Salen Mauregato, Enrique y soldados.

Maur. No me aconsejes.

Enr. Advierte,
que es peligro conocido,
y mas si el pueblo ha sabido
ya la desdichada muerte
de su noble padre. *Maur.* Espera,
Nuño de Valdés, murio?

Enr. Ausente estaba, hoy llegó,
y á el darle nueva tan fiera,
en sabiendo que perdia
sus dos hijas, sin hablar
rindió la vida al pesar;
tal fué el dolor que sentia.

Maur. Nunca pensé yo sentir
su muerte; hoy llego á saber,
Enrique, y á conocer
quánto me cuesta adquirir
este Reyno, y quánto cuesto
á los que su Rey me llaman,
bien de tirano me infaman,
ya mi culpa manifiesto.

Tocan caxas.

Escuchas caxas de guerra?

Enr. Sí señor. *Maur.* Bien he temido,
acierto el venir yo ha sido.

Enr. Sin duda en arma la tierra,
negando el tributo. *Mar.* Ay cielo,
desdicha, Enrique, será,
llegad presto. *Enr.* Oye, que ya
mayor el riesgo recelo.

Maur. Acometed á traidores,
la muerte á todos daré.

Vanse, y salen soldados acuchillando á Abdalá, y Iñigo le defiende.

Iñig. A que la vida te dé
me obligan causas mayores:
apartad.

Abd. Mayor victoria
me dará la muerte aquí,
no quiero vida por tí,
ni que alcances esta gloria.

Iñig. Pues este premio merece
quien te defiende? es blason?

Abd. Vida contra la opinion
solo á el infame se ofrece.

Iñig. Ya la deuda te he pagado
con defenderte y guardarte,
quando pude muerte darte,
quando tú muerte me has dado.

Abd. Pues yo, si lícito fuera,
por no llegar á deberte
la vida, tirana muerte
hoy con mis manos me diera.

Salen Leonor, Elvira, y los demas con las espadas desnudas, la una mano puesta en las vandas, como ántes, y salgan acuchillando al Rey, y á Enrique.

Enr. Ved que está aquí el Rey, señoras,
templad tan fieros extremos.

Elv. Del pecho te sacaremos
esas entrañas traidoras. (so

Maur. Que intentais? *Elv.* Nuestro bla
mayor se funda en tu muerte.

Enr. Qué es Leonor, señor, advierte.

Maur. Cielos,
qué gran confusion.

Iñig. Leonor es; este pesar
solo faltaba á mi vida:
detente, Leonor querida.

Leon. Tu maldad se ha de acabar.

Maur. Pues á vuestro Rey, por qué?

Leon. Si lo ignoras...

Maur. Rigor fiero

Leon. La causa advertírte quiero,
escucha, y te la diré.
Sin duda permite el cielo
que encontrando aquí contigo,
sino para exemplo tuyo,
para que dentro en tí mismo
tu confusion te dé muerte;
tu conciencia sea el martirio,
que á ver en nósotras llegues
cara á cara tu delito.
Qué furia te ha dado ser,
de qué fiera ó monstruo impío
fuiste parto portentoso,
fuiste estupendo prodigio?
Pues como fiera espantosa
arrancas los dulces hijos
de los pechos de la madre,
rigor en hombre no visto.
Elv. Tu reyno fundas, ó Rey,
el mas triste, el mas indigno,
que justamente alcanzó
tan soberano apellido.
Tu reyno estableces pues
en dar á los enemigos
armas que ensanchen su imperio,
fuerzas que le hagan mas rico.
Tu corona fundas, Rey,
en ser, qué grave delirio!
ave rapante, que llega
á turbar el caro nido
de las cándidas palomas,
entre simples paxarillos,
las mas castas, las mas puras,
negándolas el abrigo
de las paternales alas,
noble amparo, firme asilo,
que les da ser, el sustento,
comunicando á sus picos.
Sobre esta torpe maldad
tu reyno puede estar fixo,
este agravio puede ser
atlante del señorio
que gozas: no Mauregato,
prevarican tus sentidos;
locura es bien manifiesta;
algun letargo has bebido.
Cost. Dar á los Moros mugeres,
sujetar á su dominio
vírgenes, que haces esclavas,
la menor violencia ha sido.
Derribar almas del cielo,
que el lavacro del bautismo
las ofreció hacer que tuerzan
del soberano camino
los pasos que á Dios las guian;
y que en obscuros abismos
truequen la luz que tuviéron;
efectos son conocidos
del padre de las tinieblas;
del que muros diamantinos
del cielo escalar pretende,
del que en su ciencia perdido
la gloria que iba ganando
en solo un instante quiso
quitársela así, y quitarla
á exércitos que deshizo:
de inteligencias hermosas
Luzbél eres, ya lo he dicho.
Leon. Quieres ver el mal que causan
los rigores, los castigos
que á tu triste Reyno ofreces,
las congojas, los suspiros,
que á tus vasallos ahogan?
quieres ver de vengativos
rigores la mayor fuerza,
el mas lastimoso aviso?
Mi padre, ay cielos! que fué
rayo del blason Morisco;
pues tantas veces postró
á sus pies su cuello altivo:
mi padre, cuyo valor
dexa ya en bronce esculpidos
sus hechos, sin que jamas
borrarlos pueda el olvido:
mi padre pues, en sabiendo
que le niegas este alivio
á su vida, y que á sus años
quitas el mas noble arrimo,
su valor rindió á la muerte,
matóle el dolor, indicio
claro de la pena fiera
que á los demas ha cabido;
y aun no es este todo el daño,
aunque es el daño infinito.
Elv. Por no entregarnos al Moro
juntas, las siete ofrecimos

siete manos las mas fuertes,
al duro golpe de un filo;
no lo dudes, vuelve á ver
siete abonados testigos:
los manejos de jazmines,
son ya morados jacintos,
las cándidas azucenas
se han vuelto cárdenos lirios.
Maur. Reportaos, que libres ya
del feudo las siete dexo:
fuerza es mudar de consejo
en su lugar, Abdalá,
escoger puedes...
Leon. Qué espera,
como Abdalá y escoger?
Elv. Pues puedes tú defender,
que él á nuestras manos muera?
Maur. Pues libres ya, qué pedis?
Leon. Que des libertades francas
á esta villa, y que Simancas
se llame.
Maur. Cómo decis,
franca, exênta, y libre quede
de feudo y pechos, y el nombre
que os da tan alto renombre
desde hoy honrarla puede.
Lop. Bien le aprieta. *Maur.* Pedis mas?
Leon. Que á Iñigo...,
Maur. Perdonado
está.
Leon. Sus rentas y estado
vuelvas.
Maur. Segura podrás
hacerle tu digno esposo;
yo le perdono, y le doy
nuevas rentas desde hoy:
llega Iñigo á ser dichoso.
Iñig. Tuyo soy.
Maur. Elvira, aquí
Enrique tu dicha aumenta.
Enr. Nuevas glorias me acrecienta.
Lop. Costanza me toca á mí.
Maur. Las demas prometo honrar.
Iñig. Y esta villa, siete manos,
por trofeos soberanos,
podrá en sus armas gravar;
cuyas excepciones francas,
perpetuando su nombre,
de siete mancas de renombre,
la eternicen de Simancas.

FIN.

Se hallará en la Librería de Castillo, frente las Gra-
as de S. Felipe el Real, y en el Puesto de Sanchez, calle
el Príncipe.

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION



THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.38
no.3

